



BUENA, BONITA Y

Por **INES MARIA N. (Madrid)**

Tenía un corazón “Cinco Jotas” y unas tetas de calibre ciento diez. Por eso me gustaba tanto. No es que yo sea una tía romántica, pero de vez en cuando tengo mi puntito de ternura. Soy lo que se dice una tía legal. Cumplí condena porque le asesté doce puñaladas al mal nacido que me sacó de casa con quince años para que me casara con él, cobrándose de esa manera una deuda de juego de mi “santo” padre. Fue así como pasé de jugar con la Nancy a jugar con una polla peluda. Pero volvamos a las “Cinco Jotas” o, mejor dicho, a Charo, que así se llamaba mi princesa. Era la cajera del Día de mi barrio y tenía los años cosidos a la piel, pero a mí no me importaba. Es más, me parecía una mujer de esas de toda la vida, con las manos ásperas y un olor a mezcla de lejía y agua de colonia barata que hacía que se me saltaran las lágrimas. Era de esas mujeres que se debaten entre las ofertas y los saldos desarrollando un instinto casi animal.

Cuando nos miramos en la cola del súper compartimos un mismo y silencioso destino. No nos cruzamos ni cuatro palabras, pero en sus ojos pude ver el cansancio y el hastío, pude leer en su rostro como en el folleto de las ofertas del Día para la semana. Ella aún no sabía que yo la amaba, que estaba de fiesta desde que la conocía. Una tarde la esperé a la salida y la invité a un café. Ella me miró extrañada.

—No soy mujer de dejarse invitar—me hizo saber, pero estaba tan cansada que no tuvo fuerzas para buscar una excusa.

Lo que le esperaba en casa bien podía esperar a que ella se tomara un café sentada. Al fin y al cabo yo era una clienta asidua y podía confiar en mí.

Era posible que yo estuviera igual de sola y de cansada que ella, debió de pensar.

Nos sentamos en una mesa al fondo de una cafetería del centro de Alcobendas. Un sitio horrible, frío y gris que no ayudaba mucho. No es que pensara declararme allí mismo, pero había que ir abonando el terreno, así que sin pensármelo dos veces la invité a tortitas con nata. ¡Qué carajo, un día es un día! Nos contamos nuestras vidas, que casi parecían calcadas. No dejábamos de interrumpirnos. Continuamente nos pedíamos perdón por quitarnos la palabra y, entre risas, atropelladamente, volvíamos a empezar donde lo habíamos dejado. Los finales de sus frases coincidían con el principio de las mías y viceversa. Al final, una mirada rápida al reloj me la arrebató con excusas de cenas no hechas, pero con la promesa de vernos al día siguiente.

—Hasta mañana Asun...

—Hasta mañana...

Y allí estaba yo, a la mañana siguiente, en la cola, con mi cesta llena de productos marca Día. Me miró y una sonrisa le iluminó el rostro. Esperando mi turno, tuve que admitir que el uniforme rojo y verde le sentaba de maravilla. El rojo y aquel cartelito sobre su voluminoso pecho izquierdo donde se podía leer, “Cajera: Charo Pérez” le daba más vida a la cara. Mi Charo. ¡Qué orgullosa estaba yo de verla con aquel uniforme! Mi anterior amor también usaba uniforme. Era celadora en la cárcel donde cumplí condena. Aquellos si que habían sido unos años felices... Al llegar mi turno sentí que pasaba mis botes por la célula del lector con mucha más delicadeza, que se cuidaba con más esmero de no marcar dos veces un mismo

artículo. En el momento de preguntar: “¿quiere una bolsa?” y cobrarme los tres céntimos de marras, rompiendo todas las normas y arriesgando su propio puesto de trabajo, no la cobró. Me dirán ustedes si eso no es amor. Al menos así lo percibí yo.

Cada quince de mes tengo que ver a mi asistente social y contarle cómo me voy insertando en el barrio. Un barrio de mierda, de casas apiladas como una colmena de contenedores hacinados unos encima de otros. Con olor a fritanga, pis y caldo de gallina. Donde no cesan los berridos de niños, las peleas, los portazos y, en una letanía continua, la voz de la Campos, Mariñas, Terelu, Ana Rosa, Jorge Javier... pasándose el testigo los unos a los otros las veinticuatro horas del día. Aquí viven ancianos meados y olvidados, niños meados y dando por culo, mujeres golpeadas por amor etílico, maridos en paro enganchados al carrusel deportivo, hijos marcados por la frase: “córtate el pelo y búscate un trabajo” y yo, una ex-presidariaria. Cómo pretende la asistente social que haga de este hecho una fiesta, que me sienta afortunada por vivir una vida miserable en un barrio miserable. Algunas de estas vecinas y yo nos encontramos al amanecer en la parada del autobús, como un rebaño de zombis, aún dormidas, con los sueños pegados a las legañas. Cada una desenredando sus propias miserias. No queda tiempo para actos sociales de reconciliación vecinal.

Casi todas trabajamos en contratas de limpieza. Para eso me saqué yo en la cárcel el graduado, el curso de manipuladora, el de patronaje industrial y hasta el carné de conducir camiones... Para que ahora sólo me den trabajo limpiando escaleras y portales. Señora asistente social, ¿es ésta la reinserción que me prometieron?

—Asun, no te quejes, que no estás tan mal.

—¡Carajo! No me quieras tanto. Simplemente quíereme mejor.

A lo tonto, entre ir y venir, me han dado las ocho y mi Charo estará saliendo, así que debo darme prisa. Se vuelve a sorprender de verme ahí esperándola, pero una sonrisa la delata. Es jueves y tiene que echar La Loto, así que apretamos el paso y llegamos justo cuando van a cerrar. Parece ser asidua, porque el chico la ha llamado por su nombre. Cogemos los boletos y hacemos distintas combinaciones: los años en la trena, el día de su cumpleaños y esa serie de tonterías que todos usamos para rellenarlos, pero Charo reza con fervor cuando entrega su combinación a la máquina del azar, la que hará realidad sus sueños. Yo la miro conmovida. A partir de este jueves yo también jugaré a La Loto. Y cada noche, cuando canten los números por Radio Nacional, sabré que Charo en su casa y yo en la mía, boleto y lápiz en mano, estaremos unidas por un mismo sueño.

Va a hacer ya un mes que nos vemos con asiduidad. Hoy quedé con ella para ir a misa de doce. No es que yo sea muy creyente. De hecho, aparte de mirar a mi santa, por lo de estar en una iglesia, no sabía qué otra cosa podía hacer. La imitaba en los gestos. Hacía ver que movía los labios para rezar, pero yo veía que me faltaba su fervor y creo que hasta pegué alguna que otra cabezada. Cuando llegó el momento de comulgar y me hizo un gesto para que la siguiera, tragué saliva y me dije: ¡Asun, tú pa'lante! Así que allí nos presentamos las dos ante el altar, con sus velas y sus flores, el órgano y esas vocecillas angelicales y desafinadas cantando “Señor, tú has venido a esta orilla... En la arena he dejado mi barca...” En ese momento absurdo de confusión, al verme frente al cura, no pude reprimir un: “Sí, quiero”, ante la mira atónita de todos los feligreses y la cara de mi Charo, que era todo un poema. Al salir, la acompañé hasta el portal de su casa. No me atrevía ni a mirarla a la cara, así que hicimos el camino en silencio. Al menos ella, porque yo no podía dejar de tararear la cancioncilla esa de “Señor, tú has venido a esta orilla. No has buscado ni a ricos ni a pobres”. Ya me podría haber salido cualquier otra de los Chichos o del Fary, pero nada. Por el rabillo del ojo veía que Charo hacía esfuerzos

por no echarse a reír. Cuando finalmente llegamos al portal y estábamos a punto de despedirnos, me miró muy seria y me dijo:

—Asun, ¿tú estás bien...? ¿Tienes algún problema?

Yo la miré, tragué saliva y le dije:

—Yo... quería decirte que yo... —me tembló la voz—... que yo... no he pagado el recibo de la luz de este mes.

¿Cómo iba a decirle a esta santa de comunión semanal con la Iglesia y el azar, cuyo conocimiento sobre las relaciones humanas y de pareja le venía dado por las letras de las canciones de Camela, que yo estaba enamorada de ella?, ¿En qué cabeza cabía algo así?

Volví a casa caminando, intentando poner algo de orden en mis cosas. Yo nunca he sido una persona con suerte. Todo lo que tengo me lo he currado. No me han regalado nada. Voy a cumplir cuarenta años y aún me queda mucha vida por vivir y todos mis sueños por cumplir. Era el momento de poner las cosas claras con Charo. Ya en casa, me abrí una lata de fabada Litoral y me vi un telefilme de esos “basados en hechos reales”. Mi vida sí que es un telefilme y no esas historias que nos cuentan de Estados Unidos. No hay que irse tan lejos. Si no, que se den una vueltecita por mi barrio los productores esos... Aun así, tengo que admitir que me sirven de consuelo y hago la siesta más a gusto.

Me puse el chaquetón de piel vuelta y las botas de caña altas. Me miré al espejo y me dije: Asun, tú no pasas una noche más con este calentón en el cuerpo y con este sin vivir reconcomiéndote por dentro.

Si no fuese porque mi Charo era muy conocida en el barrio y una vecina me supo decir el piso y la puerta, aún estaría tratando de descifrar esos absurdos buzones quemados y llenos de grafitis. El portal y las escaleras eran un asco. Ya en la puerta, pegué la oreja para hacerme una idea de lo que me podía encontrar al otro lado, pero sólo me llegaba el ruido de un televisor y el llanto de un niño. Sin pensármelo dos veces llamé a la puerta y esperé. Nada, y un segundo después, un gruñido.

—¿Vas a abrir la puerta o qué? ¡Carajo!

Retrocedí un paso y pensé si habría sido una buena idea ir, pero la puerta se estaba abriendo ya ante mi cara de susto.

—¡Estás loca!, ¿qué haces aquí?—Charo hablaba apenas en un susurro y tapaba con su cuerpo el breve espacio de puerta por el que yo intentaba mirar hacia el interior.

—He pensado que siendo domingo...

—¿Quién es, Charo?—gritó una voz desde dentro.

Charo se giró y habló hacia esa voz.

—No es nadie. Es sólo una compañera del trabajo...

—Pues no os quedéis ahí fuera y hazla pasar.

Charo se hizo a un lado y me dejó pasar. Al traspasar la puerta pude ver ante mis ojos las razones por las que hace años le había asestado las doce puñaladas a mi marido. Como en un recuerdo de esos de las películas, me vi a mí misma en el salón de mi casa, asustada y golpeada, mirando a un tipo grande y sudado con una lata de cerveza en la mano, sonriéndome, afable, con ese brillo en los ojos que al mirarte te hace sentir la cosa más insignificante del mundo. Y esa voz diciéndote: “¡Mira que eres torpe! Ya te has vuelto a caer. ¿Qué va a pensar tu amiga?”. No te preocupes Charo, yo no tengo qué pensar. Yo lo he vivido. No tienes por qué sentirte culpable ante mí. No tienes por qué sentir vergüenza. Lo que eres es eso en lo que te ha convertido él.

No sé de dónde pude sacar el valor, pero agarré a Charo por la manga y le dije al tipo del sofá:

—Es mi cumpleaños y me llevo a su señora a cenar, así que por una noche ocúpese usted de los niños.

El tipo no tuvo tiempo de reaccionar. Nos fuimos corriendo ante su mirada atónita, mientras seguía agarrado a su lata de cerveza. Bajamos las escaleras riéndonos y no pudimos parar hasta llegar a la parada del autobús.

—¿De verdad es tu cumpleaños?

—Claro que no, aún faltan cinco meses.

Se repitió el ataque de risa. La gente nos miraba como a un par de locas. Cogimos el autobús y bajamos hasta el Centro Comercial Plaza Norte, donde hay un chino que no está mal. A Charo le encantó la decoración. Le parecía muy exótico. No pudo resistirse a mirar más de cerca un cuadro del que parecía caer agua en forma de cascada. Intentó incluso comer con palillos, pero por más malabazarismos que hizo no consiguió que llegara nada a su boca. Me encantaba verla reír. Era como si le hubieran devuelto el alma. Se la veía sofocada por la comida, el vino y, sobre todo, por el licor de lagarto.

—¿Cómo habrán conseguido que se metiera este bicho ahí dentro?—me preguntó cuando iba ya por el tercer chupito.

—Por la cara que tiene el bicho creo que él también se lo está preguntando.

Pagamos la cuenta. Me recordó que no era mujer de dejarse invitar y salimos del restaurante un poco piripis, así que nos tuvimos que ayudar la una a la otra sujetándonos por la cintura. El contacto de Charo me devolvió de golpe la consciencia y una oleada de deseo me recorrió la espalda. Era un momento de esos de película. Yo sabía que era entonces o nunca, así que la tomé de la mano y la guíe hasta mi portal. Abrí la puerta y la invité a pasar.

—¿Qué haces?—me preguntó mirándome extrañada.

—Nada...—y la besé. Su primera reacción fue echarse hacia atrás.

—Yo no soy bollera.

—Yo tampoco lo era—y la volví a besar.

Esta vez se dejó. Su boca sabía a besos gastados. Sus caricias estaban usadas. Tenía el deseo agotado, pero se abrazó a mí con esperanza. Se dejó llevar sin mirar, sin preguntar, hasta que se vio frente a mi cama. Estaba temblando y se agarraba con ambas manos el abrigo. Yo no soy una experta en seducción, pero no quería que tuviese miedo. Miedo era seguramente lo que siempre había tenido.

—Deberías quitarte el abrigo. Aquí hay calefacción.

—Qué lujo... ¿Qué hacemos con la ropa?

Comencé a desabrocharle la blusa por respuesta. La vi mirando hacia un punto indefinido de la habitación.

—Podrías apagar la luz. Me da vergüenza... Ya no tengo veinte años.

—Quiero verte. Para mí eres tan hermosa...

—No te burles.

—No me burlo, es la verdad. Mirate.

Y la giré hacia el espejo de mi cómoda. El espejo nos devolvió la visión de una mujer dolida pero hermosa. La acaricié despacio sin dejar de mirarla en ese reflejo que iba llenando todos nuestros ángulos. La tumbé sobre la cama. Ya sólo le cubrían la piel una combinación negra y unas medias. Su tacto era suave. Me deslicé por ella y besé cada una de las heridas, acaricié cada resto de golpes y cortes a la vez que contaba los lunares de su escote. Intenté borrar quince años de palizas con el deseo y el recuerdo de mi propio cuerpo dolorido, con la franqueza del tacto que no busca la humillación. Cuánta poesía puede acumularse en la yema de los dedos de alguien que no ha leído más que el Pronto. Toda esa superficie de piel expuesta a mis caricias... a unos sentimientos que nada tienen de baratos aunque se hayan encontrado en un supermercado de barrio.

Acurruqué mi cara entre sus dos pechos, que colmaron mis ansias y alimentaron mi primer deseo de ella. Inspiré hondo la mezcla de olor a sudor y colonia barata que me estaba volviendo loca desde el día en que la conocí. Ya no pude reprimirme más y abrí para mí el resto de olores y sabores que ocultaba. Ella tampoco se pudo resistir. Su cuerpo dejó de ser un secreto para convertirse en una evidencia. Un cuerpo que vivía olvidado, ajeno a su deseo. Un cuerpo que me preguntaba hacia dónde íbamos, que se dejaba llevar por mis manos, por mis

labios. Un cuerpo que descubriría sus propios caminos de deseo y me hacía acompañarlo. Cuando sintió su primer espasmo cerró los ojos de vergüenza y se dobló sobre sí misma dándome la espalda. Temblaba y pude intuir que lloraba, pero esta vez de felicidad. La abracé con unos brazos que ya no le eran extraños y esperé.

En el silencio pude pensar que éste sería un momento inolvidable. Traté de grabar en mi memoria hasta el más mínimo detalle cuando todavía estaba caliente y húmedo, para que se quedara conmigo. Era consciente de que por la mañana no estaría, pero aquella noche iba a dormiría abrazada a ella.

Charo no es sólo mujer de no dejarse invitar, sino también de no traicionar. Podría enredarla, pero no se dejaría. Al día siguiente no recordaría nada, sentiría algo extraño dentro de ella, pero lo achacaría al alcohol o se diría que lo había soñado. Volvería cansada a la rutina de siempre, buscaría cada vez excusas más raras para no vernos, cubriría con maquillaje algún golpe mal dado, seguiría oliendo a lejía y a agua de colonia barata. Sus manos continuarían deshechas y su espalda quebrada. Yo seguiría sintiendo vértigo cada vez que me asomase a su escote y ella me seguiría regalando la bolsa de plástico del Día porque tiene un corazón "Cinco Jotas" y unas tetas del calibre ciento diez.

Cuando se despertó me pidió que la llevara al fin del mundo como le había oído cantar a Sabina, pero en aquellos momentos el fin del mundo estaba a dos paradas de autobús y ella lo sabía. El amor a veces necesita de gestos heroicos y, en según qué casos, es mejor arrancarlo sin piedad. La acompañé hasta el autobús y lo cogimos juntas por última vez. Yo me entretuve un poco más. En la línea había una agradable novedad. Conducía una joven a quien debo reconocer que le sentaba muy bien el uniforme. Y es que a mí las mujeres con uniforme me parecen tan guapas... Vi sentarse a Charo al fondo, muy lejos de mí. Sonreía y yo pensé: "La vida sigue y... yo tengo que coger el autobús todos los días".

Fdo.: Caracolas